

TRES MUSAS EN EL MUSEO DE JULIO ROMERO DE TORRES

☆ Mariquilla, Amalia y Angelita junto a los cuadros para los que posaron



El camarero del coche-cama golpeó con la llave la puerta de nuestro departamento.

—Veinte minutos para Córdoba.

Eran las cinco y veinticinco de la madrugada. Por pura curiosidad subimos la cortina de hule que cubre el cristal de la ventanilla para que no entre la luz en el departamento. La noche era un lienzo negro a lo largo del camino y de vez en cuando brillaba violentamente un foco, como una bola de fuego.

Llegar de madrugada a una ciudad es igual que entrar en un parque de atracciones cuando han echado las lonas sobre los tivovivos y están apagados los rutilantes anuncios de neón.

Vimos amanecer desde el parador de La Arruzafa. En el jardín, adelfas, arrayanes, cipreses, naranjos y, más allá, un extenso campo de olivos.

Al fondo, Córdoba, como un montón de huesos calcinados.

Bajamos a la ciudad de los califas por una avenida de naranjos que desemboca en la carretera del Brillante.

Las calles estrechas, resplandecientes de cal, nos recuerdan siempre el laberinto de los espejos. Al pasar por algunas de ellas podríamos tocar a un tiempo las rejas de ambos lados, tan sólo con extender los brazos.

En la plaza del Potro —centro de la picaresca andaluza en el siglo XVI— detenemos nuestros pasos para preguntar por nuestro amigo Rafael Romero de Torres, hijo del pintor de la copla.

La sombra de Julio Romero

Entramos en un patio típicamente cordobés: setos de boj, naranjos, cipreses y una fuente de piedra en medio.

Entre la fronda, el contraste de la piedra dorada en que están labradas las estatuas de Romero Barrios y Juan Valera.

—¿Rafael Romero de Torres? —preguntamos en la casa.

—Pues mi hermano Rafael ha debido salir para una junta en el museo —nos responde no sabemos si Amalia o María, que recuerda un modelo de Julio Romero de Torres.

La casa del pintor cordobés guarda el perfume de la Córdoba antigua y la sombra amable de Julio Romero. Podría ser una decoración para un sánete de los Quinteros, con la solería romana muy bruñida y sobre los blancos muros platos de Alcora, Talavera, Manises, de la Cartuja de Sevilla, entre espeteras de hierro.

En el centro de la mesa del comedor, una fuente de plata llena de naranjas.

Toda la casa está en sombra, en la que brillan los muebles y los cacharros de cobre.

—Pocos meses antes de la muerte de papá se quitaron todas las piezas para limpiarlas el polvo y, desde entonces, no se han vuelto a tocar más de como él las dejó colocadas.

Sobre una cómoda, la fotografía de Julio Romero de Torres que viene en el anverso de los billetes de cien pesetas.

Al fondo de la casa se entrevé, a través de una cancela, el jardín interior de naranjos y piezas arqueológicas de gran valor.

—No tardará Rafael —afirma no sabemos si Amalia o María, mientras que un reloj hace sonar la una de la tarde.

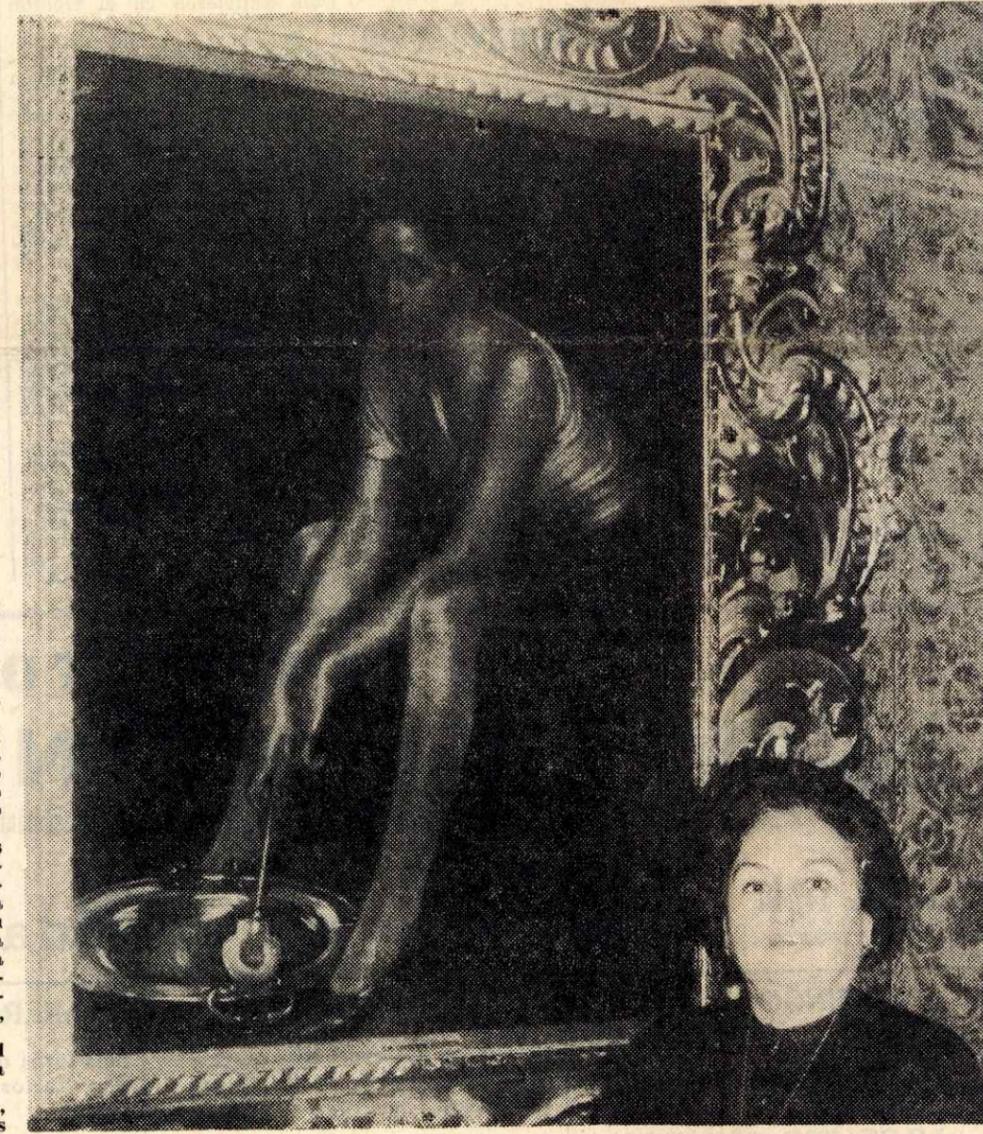
Allá, al fondo, junto a la estufa del comedor, convalece la viuda de Romero de Torres, cuya venerable silueta se recorta en una vidriera emplomada.

En busca de las musas

Rafael llega de la calle. En Andalucía, llegar de la calle tiene diferente significación; es decir, que nadie asocia a esta



Maruja López, en los billetes de 100 pesetas, en una fotografía de la época en que posaba para Romero de Torres, y en la actualidad, ante el cuadro «La chiquita piconera».



idea la verticalidad que tiene en Madrid, en Zaragoza o en León. Aquí —casas de una sola planta, con jardín, naranjos y surtidor— la calle es algo horizontal que se prolonga indefinidamente. Por eso Rafael Romero de Torres ha salido a la calle con el traje habitual de trajarán en el despacho de su casa.

—Aguárdate un instante, que voy a decirle a mi madre que me voy contigo y que almorzaremos por aquí cerca.

Le oímos hablar alto, con una voz más dulce y armoniosa, con la voz que el amante hijo tiene para la madre nonagenaria.

—Aún no te he preguntado —nos dice después— si vienes a Córdoba en visita privada o profesional.

—Vengo a saber si es posible reunir en el museo a las musas de Romero de Torres.

—¿Hombre, algunas viven aquí cerca...! Si vamos en su busca no tendrán inconveniente, pienso yo, porque llevamos buena amistad desde los tiempos

en que posaban para mi padre.

El último lienzo

Antes, Rafael Romero de Torres nos acompañó al museo donde se conserva parte de la obra de su padre.

El sombrero ancho y la capa del artista cordobés son contemplados por el visitante, dentro de una vitrina. Sus alas de fieltro y sus vueltas de terciopelo palidecen tristemente dentro del fanal y toman color de mariposas disecada. No en vano ha transcurrido su época de actualidad en las literarias y bohemias noches del Madrid de los años veinte.

Sobre la «chaise-longue», como desinfladas pelotas de rugby, los cojines donde recostaron su juventud las musas de Romero de Torres. Y la última paleta, embadurnada de colores, que han tomado cuerpo de piedra brillante.

—El retrato de monja que está sobre el caballete es lo último que pintó mi padre en Córdoba. Y no llegó a termi-

narlo porque se murió en aquellos días. Le sirvió como modelo una muchacha que vive aquí cerca que se llama Maruja López. Ella es también «La chiquita piconera», cuyo retrato viene reproducido también en el reverso de los billetes de cien pesetas. Si quieres, nos acercamos a su casa para que la conozcas.

Recordamos las salas del Museo Romero de Torres y sus musas —con el jugo de los olivos por sangre, humor que las hace lámparas...», que dijo García Sanchiz— parecían aún tristes por la muerte del maestro.

—¿Es muy visitado este museo? —Sí, mucho. El año pasado hemos registrado 93.601 visitas, de las cuales 20.773 fueron de extranjeros.

Mariquilla

Salimos a la pie, y Rafael me lleva a pie por unas calles estrechas hasta la de Velázquez Bosco, donde vive Maruja López, la musa de Romero de

Torres que figura en los billetes de cien pesetas.

La casa, cerca de la Mezquita, está blanca de cal. En el pequeño zaguán dormita un perro.

—¿Maruja...! ¿Pero dónde anda esta criatura? ¡Marujita...!

La musa de Julio Romero de Torres, la que figura en los billetes de cien pesetas con los brazos apoyados sobre una vasija de cobre, tiene un año más del medio siglo. El paso del tiempo ha sido amable con ella: aún le queda una luz alegria en los ojos.

Cuando Rafael Romero de Torres le dice que pretendemos reunir a las musas de su padre en el museo, Maruja López se emociona vivamente:

—Ya sabes, Rafaelito, que han salido reportajes diciendo que la mujer que figura en los billetes de cien pesetas estaba vendiendo tabaco y pidiendo limosna en Madrid... Yo quisiera que se desmintiese eso, porque, como ustedes pueden ver, la que figura en los billetes soy yo y no he tenido esas necesidades, gracias a Dios.

Rafael dice que el cuadro que figura en el reverso de los billetes, para el cual posó Maruja López, se titula «Fuentisanta» y está en Buenos Aires.

—Los periodistas se han confundido a ti con Pilar Zamora, que es la que se ve en los billetes, si se mira éstos al trasluz. Luego la que ha salido en las informaciones de Prensa y en el reportaje de televisión es Natalia Castro, nacida en Linares y que vive en Madrid, según dicen, de la caridad y vendiendo tabaco.

—Pero tú no te preocupes, Marujita!... Todos cuantos te conocemos admiramos tu talento para vivir con tu dinerito.

—Sí, señor —dice Maruja López, dirigiéndose a nosotros—, porque esta casa es mía. Coso algo para la calle y vivo con mi madre.

Fotografías cantan

Maruja López es también la musa de «La chiquita piconera», esa que está inclinada sobre el brasero y con la badilla en la mano.

—Voy por las fotografías que tengo del tiempo en que posé para «La chiquita piconera» para que se vea que soy yo.

—¿Pero Mariquilla, hija, si no hace falta!... ¡Si todo el mundo sabe que eres tú!...

—¿Te acuerdas, Rafaelito?... Llegaba tu padre de Madrid y me mendaba llamar. Era yo una niña chica; pero estaba siempre tan quieta posando que el pobre don Julio pintaba, pintaba, sin hablar apenas dos palabras y, a veces, se abstraía de tal forma trabajando que se le iba la luz y parecía que se le cogía por sorpresa.

Julio Romero de Torres vivía en Madrid. A Córdoba iba en las vacaciones de Semana Santa y en las de Nochebuena. También a finales de verano.

—Más de cinco sesiones no posé nunca para un retrato. Al principio me pintaba poco, porque era yo muy niña; pero luego, cuando fui mayor, me pintaba más.

—¿Posó usted para otros pintores?

—Únicamente para Rafael Pellicer, sobrino político de don Julio.

—¿Recuerda usted la última vez que la pintó Romero de Torres?

—Pocos días antes de su muerte comencé a posar para el retrato de la monja. Estaba ya muy enfermo y entonces se levantaba de la cama, pintaba un poquito y se volvía a acostar. ¿Te acuerdas, Rafaelito...?

Al pasar por la Mezquita nos asomamos, una vez más, al patio de los Naranjos, donde la tradición dice que el filósofo Averroes, en el siglo XII, enterró un rayo de sol después de asegurar que, «en demostración de su filosofía, que preconiza la unidad de la materia», si al cabo de dos siglos se exhumaba aquel rayo de luz, lo encontrarían convertido en un rayo de oro.

Carmen

Salimos a la calle y nos detenemos ante un muro de la Mezquita. Allí está colocado un lienzo de la Asunción de la Virgen, entre rejas y faroles.

—Muy pocos cordobeses deben saber que es la Asunción —nos dice Rafael Romero de Torres —porque aquí se le dice la Virgen de los Faroles. La primera Asunción que se instaló en este mismo sitio fue pintada por un italiano, violinista de la catedral, y, por supuesto, pintor. Esto era en el siglo XVI. Se quemó el lienzo y, en 1929, fué encargado mi padre de pintar uno nuevo con el mismo tema. Cumplió su encargo y aquí estuvo instalado el cuadro hasta 1936, en que fué llevado al museo porque empezaba a ser atacado por la humedad. Esta Asunción es una copia del original pintado en 1929, que yo realicé con todo amor. Posó a mi padre, para la cara, una criatura monísima, que se llama Carmen Gabucio.

—¿El mundo en un pañuelo! Porque Carmen Gabucio —a quien la familia Romero de Torres llama cariñosamente «Camisita»— es amiga nuestra desde hace ya mucho tiempo.

Amalia

—Vamos aquí, al barrio de los gitanos, en busca de Amalia.

Otra vez nos adentramos en el laberinto de casas encaladas, hasta llegar a un patio que parece de comedias. Allí, gitanos al sol, perros, caballos y niños con la tripa negra.

—¿Buen panorama para Sebastián Miranda!

—Creo que habrá estado aquí más de una vez.

Rafael Romero de Torres empuja la puerta de una casucha. En torno a una mesa camilla destacan en la oscuridad varias cabezas de gitanos legítimos: Amalia Fernández Heredia, envuelta en una manta y con un niño en brazos.

—Tiene fiebres, el pobre...

Amalia ha cumplido los setenta y cinco años. Tiene el pelo blanquísimo, recogido en un moño.

—¿Puedes ir por la tarde al museo, Amalia?

—Cuando se trata de algo de tu padre, ya sabes, Rafaelito, que cuentas siempre con Amalia.

Angelita

Después vamos a una barriada que se conoce en Córdoba por el barrio Cañero Nuevo.

—Allí vive ahora Angelita, que debe ser algo mayor que Amalia, y a quien yo recuerdo de joven, porque tenía una figura maravillosa.

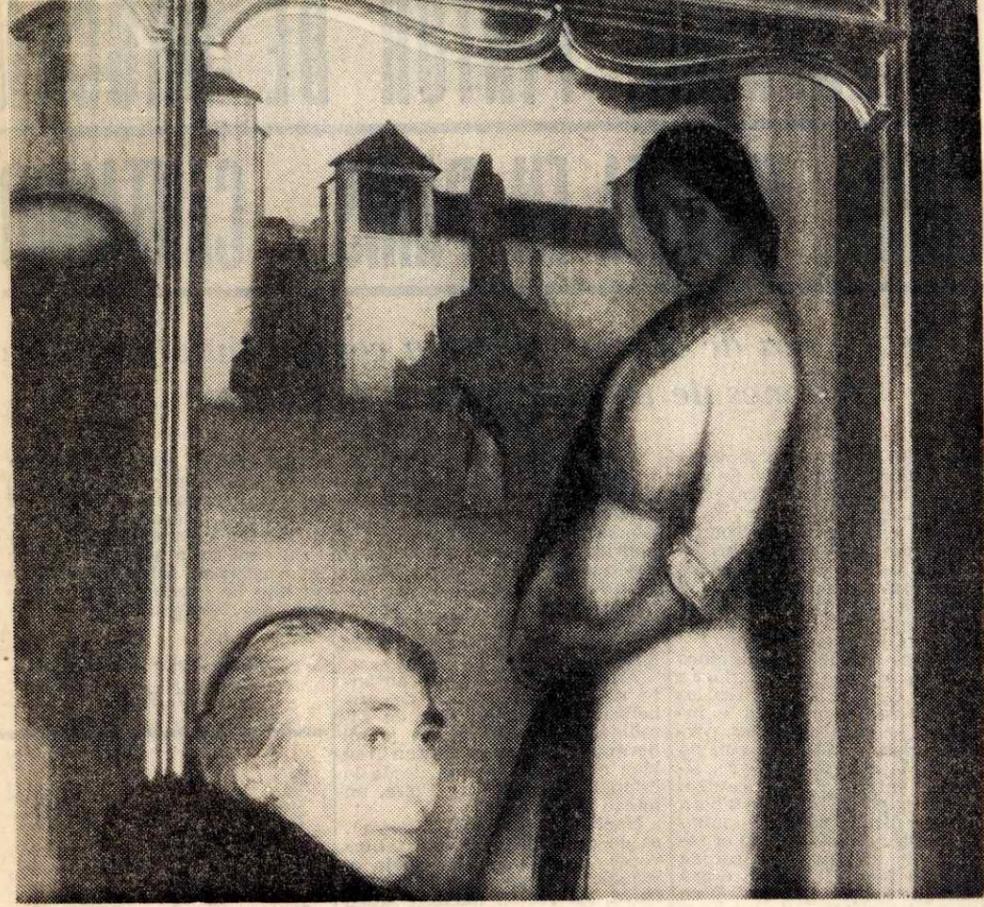
Angelita Muñoz Barrios tiene ya muchos nietos y es buena conversadora.

—¿Cuántos años tienes, Angelita?

—Setenta y seis... Pero na-



Angelita Muñoz Barrios.



Amalia Fernández Heredia.

die se lo cree. ¡Y tengo nueve nietos!
 Volvemos al centro de Córdoba, y en la taberna del antiguo gremio de plateros el vino permanece puro, como de oro. Es un pecado la química.
 —Don Rafael, que no viene usted nada!...
 —Es que me quedo acompañando a mi madre y ya no salgo por la tarde.
 El reloj de pared —números romanos e incrustaciones de nácar— da tres campanadas.
 —¡Ea, quedaros con Dios, que es la hora de almorzar!...
 —le dice Rafael al patrón de la taberna, poniendo un billete de cien pesetas sobre la mesa para que se cobre.
 —¡Qué lástima, pagar con un billete de cien pesetas! —le digo.
 —Sí, realmente. Cuando abro la cartera para pagar tengo la sensación, muchas veces, de que entrego los retratos familiares. Este de los billetes pertenece al mejor momento de mi padre, aún pleno de energía.

Las tres musas

A las seis de la tarde estaban en el Museo Julio Romero de Torres estas tres musas del pintor: Mariquilla, Amalia y Angelita.
 —Angelita, me alegro conocerla...
 —¿A ti te pintó don Julio muchos años después que a mí?
 —Yo era entonces muy jovencilla...
 —¡Treinta y cuatro años han pasado ya desde la muerte del pobre don Julio...! Parece que le estoy viendo...
 Mariquilla posa para el fotógrafo Ricardo junto al lienzo de «La chiquita piconera»:

Amalia se acerca al cuadro «Poema de Córdoba» y se coloca junto a la alegoría titulada «Maimónides».
 —¿Cuántos años tenía usted entonces, Amalia?
 —Diecinueve... ¡Qué figura y qué pelo tenía yo...! Pero el tiempo, amigo mío...
 Amalia, la gitana, tenía entonces una juventud fresca y graciosa como un mimbre. Romero de Torres la pintó también muchas veces, y al recorrer las salas la reconocemos en varias obras: «Cabeza de santa», «Las alegrías», «Samaritana», «Marta y María», «La saeta»...
 Angelita posa ante el «Poema de Córdoba», junto a la alegoría «Monumento a Lagartijo», representación de la Córdoba torera.
 —Don Julio me pintó con este capote al hombro y con esta flor en la mano... Y también estoy yo en aquel cuadro que se llama «Mal de amores»... Y también...

Colofón

Cada una pretende ser la musa fundamental del artista. el modelo más pintado por Romero de Torres. Cada una guarda un recuerdo entrañable del maestro, de la copla que «pintó la mujer morena...». Todas conservan en algún sitio de su modesta casa una fotografía de don Julio, con el cuello alto de la camisa, el prendedor bajo el nudo de la corbata...
 Ese retrato que ahora viene también en los billetes de cien pesetas.
 —Adiós, Mariquilla; adiós, Amalia; adiós, Angelita...

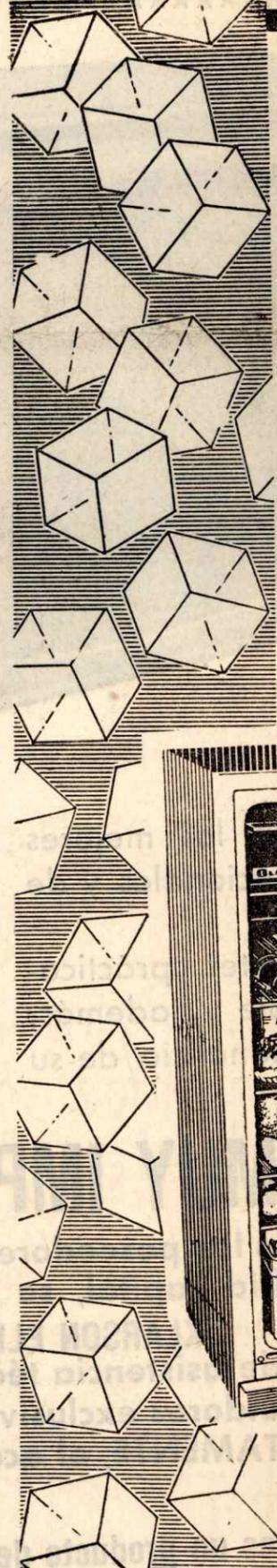
Marino GOMEZ SANTOS

NUEVA "ROMEO"
 CON MOTOR PERKINS
 FURGONETAS - COMBI - MICROBUSES
NUEVA DIRECCION
NUEVO EMBRAGUE
NUEVA CAJA DE CAMBIO
PERFECTA TERMINACION



CONSUMO POR 100 Kms.: 42,25 ptas.
MAXIMAS FACILIDADES DE PAGO

Seida
 Castellana, 84 - MADRID
 Tels. 26154 30 - 26158 25



POR QUE UN MARCONI ES DIFERENTE

MARCONI

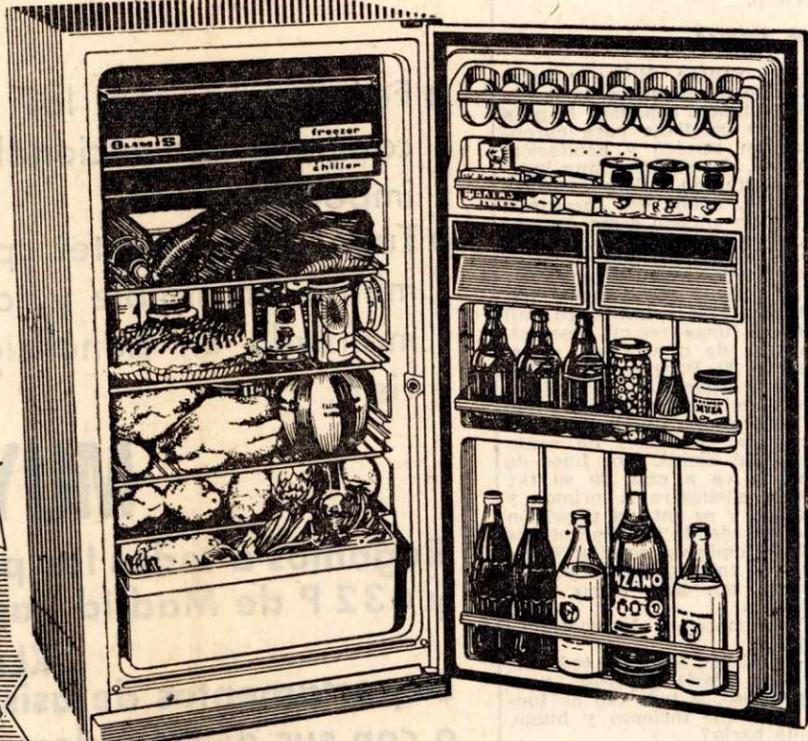
- Temperatura centro frigorífico - 0° C.
- Temperatura centro congelador - 12,5° C. bajo cero
- Temperatura entrada congelador - 24° C. bajo cero
- Producción de hielo en veinticuatro horas, 8,64 Kg.

VALOR MEDIO USUAL

- Temperatura centro frigorífico 11° C. sobre cero
- Temperatura centro congelador - 5,5° C. sobre cero
- Temperatura entrada congelador - 17,5° C. bajo cero
- Producción de hielo en veinticuatro horas, 4,40 Kg.



FRIGORIFICO ALTA CALIDAD
GLAMIS



P.V.P. :9.950 ptas. (Imp. incluid.)

MARCONI
 TRABAJA PARA UN HOGAR MAS
 C O N F O R T A B L E

GLAMIS-1